

El fabuloso barco fluvial

Philip José Farmer

Traducción:
Domingo Santos



Libros publicados de Philip José Farmer

La saga del Mundo del Río

1. A vuestros cuerpos dispersos
2. El fabuloso barco fluvial

Próximamente:

3. *The Dark Design*

Título original: *The Fabulous Riverboat*
Primera edición

© 1971, Philip José Farmer

Ilustración de cubierta: Jim Burns

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-502-8 Depósito Legal: B-27399-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para la profana trinidad de Bobs:
Bloch, Heinlein y Traurig.
Espero verles en la orilla del río,
donde embarcaremos
en el fabuloso barco fluvial.

—La resurrección, como la política, trae extraños compañeros de cama —dijo Sam Clemens—. No puedo decir que haya sido un sueño reparador.

Con el telescopio bajo el brazo, aspiró el humo de un largo puro verde mientras paseaba por la cubierta de popa del *Dreyrugr*, «el ensangrentado». Ari Grimolfsson, el timonel, no comprendía el inglés, y lanzó una mirada sombría a Clemens. Clemens tradujo sus palabras a un deficiente noruego antiguo. El timonel no por eso dejó de mirarle sombríamente.

Clemens le maldijo en inglés, llamándole necio bárbaro. Clemens había practicado durante tres años, noche y día, noruego del siglo x. Y solo podía hacerse entender a medias por la mayoría de los hombres y mujeres del *Dreyrugr*.

—Soy un Huck Finn de noventa y cinco años, siglo más o menos —dijo Clemens—. Empecé río abajo, en una balsa. Y ahora estoy en este estúpido barco vikingo, río arriba. ¿Qué vendrá después? ¿Cuándo conseguiré realizar mi sueño?

Manteniendo la parte superior de su brazo izquierdo pegada al cuerpo para que no se le cayese el precioso telescopio, golpeó con su puño derecho la palma abierta de la mano izquierda.

—¡Hierro! ¡Necesito hierro! Pero ¿dónde hay hierro en este planeta tan pobre en metales y tan rico en gente? ¡Tiene que haber hierro! ¿De dónde procede el hacha de Erik, si no? Y ¿cuánto habrá? ¿Suficiente? Puede que no. Posiblemente haya

solo un meteorito muy pequeño. Aunque quizás alcance para lo que yo quiero. Pero ¿dónde estará, Dios mío? El río puede tener treinta millones de kilómetros de largo. Y el hierro, si es que lo hay, puede estar al otro extremo.

» ¡No, eso no puede ser! Tiene que estar en algún sitio no muy lejos de aquí, en un radio de unos ciento cincuenta mil kilómetros. Aunque bien es verdad que podemos estar navegando en dirección contraria. La ignorancia es madre de la histeria. ¿O será al revés?

Enfocó el telescopio hacia la orilla izquierda y maldijo de nuevo. Sus peticiones de aproximar el barco a una distancia de la ribera desde la que pudiesen verse más claramente las caras habían sido rechazadas. Erik Hachasangrienta, rey de la flota noruega, dijo que aquel era territorio hostil. Hasta que la flota saliera de él, navegarían por el centro del río.

Eran tres navíos iguales, y el *Dreyrugr* era la nao capitana. Tenía veinticuatro metros de longitud y había sido construida básicamente con bambú. Parecía un barco dragón vikingo. Su casco era bajo y alargado, tenía un mascarón de proa de roble tallado en forma de cabeza de dragón, y una popa aguda y curvada. Pero tenía también una cubierta de proa y otra de popa elevadas que se extendían lateralmente en voladizo sobre el agua. Los dos mástiles de bambú tenían aparejos de velas áuricas. Las velas eran membranas finas pero duras y flexibles hechas de tripas de peces dragones de los que vivían en las profundidades del río. Había en la popa un timón controlado mediante una rueda.

Los escudos redondos de cuero y roble de la tripulación colgaban en los laterales; los grandes remos estaban apilados en bastidores. El *Dreyrugr* navegaba a contraviento, zigzagueando, maniobrando de un modo que los hombres del norte desconocían cuando vivían en la Tierra.

Los hombres y mujeres de la tripulación que no andaban manejando cabos y sogas, estaban sentados en los bancos de los remeros hablando y jugando a los dados y al póquer. Debajo de la cubierta de popa surgían gritos exaltados, mal-

diciones y, de vez en cuando, un desmayado *clic*. Hachasangrienta y su guardaespaldas jugaban al billar. A Clemens le ponía muy nervioso que jugasen al billar en aquellos momentos. Hachasangrienta sabía que unos cinco kilómetros río arriba estaban disponiendo barcos para interceptarlos, y que tras ellos, en ambas orillas, estaban disponiendo también navíos para salir en su persecución. Y, sin embargo, el rey pretendía estar muy tranquilo. Quizá estuviese de veras tan calmado como lo estaba Drake, supuestamente, antes de la batalla contra la Armada Invencible.

—Pero las condiciones son muy distintas—murmuró Clemens para sí—. En un río de poco más de dos kilómetros de ancho hay poco espacio para maniobrar. Y no va a venir a ayudarnos ninguna tormenta.

Recorrió la ribera con el telescopio, como lo había venido haciendo desde que la flota zarpara, tres años atrás. Era un hombre de estatura media y cabeza grande, lo que hacía que sus hombros, no demasiado anchos, lo pareciesen aún menos. Tenía ojos azules, cejas tupidas y nariz romana, y el pelo largo y de un castaño rojizo. En su rostro faltaba el bigote que tan característico había sido en él durante su vida en la Tierra (los hombres habían sido resucitados sin pelo en la cara). Su pecho era una fronda de rizado vello castaño rojizo que le llegaba hasta el cuello. Vestía solo una toalla blanca hasta la rodilla fijada a la cintura con un cinturón de cuero, del que pendían sus armas y la funda del telescopio; las zapatillas eran también de cuero. Tenía la piel tostada por el sol ecuatorial.

Apartó el telescopio del ojo para mirar a los barcos enemigos que les seguían a kilómetro y medio de distancia. Al hacerlo, vio relampaguear algo en el cielo. Era una mancha blanca como un alfanje, que apareció de pronto como desenvainada del azul. Se hundió hacia abajo y luego desapareció tras los montes.

Sam estaba sorprendido. Había visto algunos pequeños meteoritos en el cielo, de noche, pero nunca uno grande. Sin embargo,

este gigante que aparecía de día le deslumbró y dejó una imagen flotando ante sus ojos durante un segundo o dos después de desaparecer. La imagen se desvaneció, y Sam se olvidó del meteorito. Escudriñó de nuevo la ribera con su telescopio.

Aquella parte del río había sido normal. A ambas orillas de la corriente de unos dos kilómetros de ancho se extendían herbosas planicies de anchura similar a la del río. En ellas, a un kilómetro y medio de separación, había grandes estructuras de piedra en forma de hongo, las piedras de cilindros. Había pocos árboles en las llanuras, pero las laderas de los montes estaban cuajadas de pinos, robles, tejos y árboles de hierro. Estos últimos eran árboles de unos trescientos metros de altura, corteza gris, enormes hojas en forma de orejas de elefante, centenares de ramas gruesas y nudosas, raíces tan profundas y madera tan dura que era imposible cortarlos, quemarlos o desarraigarlos. Sobre las ramas crecían enredaderas con grandes flores de brillante colorido.

Había dos o tres kilómetros de laderas, y luego surgían bruscamente montes pelados, que medían de seis mil a nueve mil metros y que eran inaccesibles a partir de los tres mil.

La zona por la que navegaban los tres barcos noruegos estaba habitada principalmente por alemanes de principios del siglo XIX. Existía el diez por ciento habitual de individuos de otras zonas y lugares de la Tierra. En este caso la formaban persas del siglo I. Y existía también el ubicuo uno por ciento de individuos aparentemente elegidos al azar, de diversas épocas y lugares. El telescopio recorría las cabañas de bambú y las caras de los ribereños. Los hombres vestían solo toallas. Las mujeres llevaban faldas cortas como toallas y ropas más finas sobre el pecho. Había muchas reunidas en la ribera, al parecer para contemplar la batalla. Llevaban lanzas de punta de pedernal, arcos y flechas, pero no parecían preparadas para la batalla.

De pronto, Clemens soltó un gruñido y fijó el telescopio en la cara de un hombre. A aquella distancia, y dado el reducido alcance del instrumento, no podía ver claramente los rasgos de aquel individuo. Pero percibía algo familiar en aquel rostro moreno. ¿Había visto antes aquella cara? ¿Dónde?

De pronto cayó en la cuenta. Aquel sujeto se parecía mucho al famoso explorador inglés sir Richard Burton, del que había visto fotografías en la Tierra. Más que nada había algo en aquel sujeto que le hacía recordarlo. Clemens suspiró y pasó a fijar el telescopio en otras caras cuando el barco le hizo perder en su avance al supuesto Richard Burton. Jamás sabría la auténtica identidad de aquel hombre.

Le hubiese gustado desembarcar y hablar con él, saber realmente si era Burton. En sus veinte años de vida en aquel «planeta río», entre los millones de rostros que había visto, Clemens no había encontrado a nadie al que hubiese conocido en la Tierra. A Burton no lo había conocido personalmente, pero estaba seguro de que Burton habría oído hablar de él. Aquel hombre, si es que era Burton, sería un lazo, aunque leve, con la Tierra muerta.

Pero, entonces, apareció en el círculo del telescopio una figura borrosa y lejana. Clemens gritó, sin poder creer lo que veía:

—¡Livy! ¡Oh, Dios mío! ¡Livy!

Era indudable. Aunque no pudiese distinguir claramente sus rasgos, constituían una prueba abrumadora e innegable. La cabeza, el peinado, la figura y aquella forma de caminar inconfundible (tan única como una huella dactilar), le gritaban que allí estaba su mujer de la Tierra.

—¡Livy! —gimió.

El barco escoró para virar por delante y la perdió. Frenético, movió a un lado y a otro el telescopio.

Con los ojos desorbitados, comenzó a patear la cubierta gritando:

—¡Hachasangrienta, Hachasangrienta, ven aquí! ¡Deprisa!

Se lanzó hacia el timonel, gritándole que debía volver atrás y poner proa hacia la orilla. A Grimolfsson le sorprendió de momento la vehemencia de Clemens. Luego achicó los ojos, movió la cabeza y gruñó una negativa.

—¡Te lo ordeno! —gritó Clemens, olvidando que el timonel no entendía el inglés—. ¡Aquella es mi esposa! ¡Livy! ¡Mi hermosa Livy, tal como era a los veinticinco años! ¡Resucitada de entre los muertos!

Oyó un ruido a su espalda, y se volvió para ver una cabeza rubia a la que le faltaba la oreja izquierda surgiendo al nivel del suelo de cubierta. Luego, aparecieron los anchos hombros, el amplio pecho y los inmensos bíceps de Erik Hachasangrienta, a los que siguieron sus muslos como columnas al terminar de subir la escalera.

Vestía una toalla a cuadros verdes y negros, un cinturón ancho en el que llevaba varios cuchillos de calcedonia, y una funda para su hacha. El hacha era de acero, de hoja ancha y mango de roble. Clemens jamás había visto otra semejante en aquel planeta, en el que hacían todas las armas de piedra y madera.

Frunció el entrecejo mirando hacia la ribera. Se volvió a Clemens y le dijo:

—¿Qué es lo que pasa, *sma-skitligr*? Me hiciste perder cuando chillaste como la esposa de Thor en su noche de bodas. Por tu culpa me ganó un puro Toki Njalsson.

Sacó el hacha de la funda y la enarboló. El sol brilló sobre el azul del acero.

—Es mejor que tengas una buena justificación para molestarme. He matado a muchos hombres por bastante menos que esto.

Bajo el bronceado, la cara de Clemens estaba pálida. Pero el motivo de su palidez no era, en esta ocasión, la amenaza de Erik. Miró a este, el pelo al viento, los ojos firmes y el perfil aguileño como el de un halcón.

—¡Al infierno tú y tu hacha! —gritó—. Acabo de ver a mi esposa, a Livy. ¡Está allí, en la ribera derecha! Quiero... Exijo... ¡que me llesves a tierra para poder estar de nuevo con ella! ¡Oh, Dios mío, después de todos estos años, de tanta búsqueda sin esperanza! ¡Solo será un minuto! ¡No puedes negarme esto! ¡No puedes ser tan inhumano como para negármelo!

El hacha silbó y relampagueó. El hombre del norte gruñó:

—¿Todo este escándalo por una mujer? ¡Y qué me dices de esa? —Indicó con un gesto a una mujercita morena que estaba de pie junto al gran pedestal y el cañón del lanzacohetes.

Clemens palideció aún más.

—Temah es una chica estupenda —dijo—. La quiero mucho. ¡Pero no es Livy!

—Bueno, ya basta —dijo Hachasangrienta—. ¿Es que te crees que estoy tan loco como tú? Si me acerco a la orilla nos cazarán, quedaremos atrapados entre las fuerzas de tierra y las del río. Y nos aplastarán como grano en el molino de Frey. Olvídala.

Clemens chilló como un halcón y se lanzó, braceando, contra el vikingo. Erik golpeó con el hacha plana la cabeza de Clemens, derribándolo sobre cubierta. Clemens permaneció tendido durante varios minutos, con los ojos abiertos fijos en el sol. Manaba sangre de su cuero cabelludo, sobre su rostro. Luego se puso a cuatro patas y empezó a vomitar.

Erik dio una orden con paciencia. Temah, mirando de reojo y con miedo a Erik, descolgó un cubo por la borda y subió agua del río. Echó el agua sobre Clemens, que se incorporó y fue poniéndose en pie, tambaleándose. Temah subió otro cubo y limpió la cubierta.

Clemens comenzó a reñir con Erik. Este dijo entre risas:

—¡Llevas mucho tiempo hablando demasiado, cobardica! Ahora ya sabes lo que pasa cuando alguien le habla a Erik Hachasangrienta como si fuese un esclavo. Y piensa que has tenido suerte de que no te matara.

Clemens se apartó de Erik, se acercó tambaleándose a la borda y comenzó a subir por ella.

—¡Livy!

Hachasangrienta corrió hacia él, maldiciendo, lo agarró por la cintura, y lo apartó de la borda. Luego, dio a Clemens un empujón tan violento que este cayó otra vez sobre cubierta.

—¡No permitiré que me abandones en este momento! —dijo—. ¡Te necesito para que me encuentres esa mina de hierro!

—No hay... —dijo Clemens, pero se interrumpió y cerró firmemente la boca. Si el noruego descubría que no sabía dónde estaba la mina, si es que había mina, le mataría inmediatamente.

—Además —continuó Erik alegremente—, después de que encontremos el hierro, tal vez necesite que nos ayudes a llegar a

la Torre Polar, aunque creo que puedo llegar allí solo con seguir el río. Pero, de todos modos, sabes muchas cosas que pueden serme útiles. Y además puedo utilizar a ese gigante congelado de Joe Miller.

—¡Joe! —dijo Clemens con voz firme. Intentaba ponerse de nuevo en pie—. ¡Joe Miller! ¿Dónde está Joe? ¡Él te matará!

El hacha silbó en el aire sobre la cabeza de Clemens.

—Tú no dirás nada de esto a Joe, ¿me oyes? Si lo haces, te juro por el ojo tuerto de Odín que te mataré antes de que él pueda ponerme la mano encima. ¿Me oyes?

Clemens se puso en pie y se tambaleó unos instantes. Luego, con voz más fuerte, llamó:

—¡Joe! ¡Joe Miller!

Sonó una voz bajo la cubierta de popa. Era tan profunda que hacía erizarse el pelo de la nuca, aunque se oyese por milésima vez.

La firme escalerilla de bambú rechinó bajo un peso. Rechinó tan aparatosamente que se oyó por encima del silbar del viento en las cuerdas de cuero, su batir en las velas membranosas, el crujir de las juntas de madera, los gritos de la tripulación y el rumor del agua contra el casco.

La cabeza que surgió sobre el suelo de la cubierta era aún más aterradora que aquella voz de profundidad inhumana. Era tan grande como medio barril de cerveza y todo barras, arcos, salientes, contrafuertes y saledizos de huesos bajo una piel floja y rosada. El hueso circundaba los ojos, pequeños y de un azul oscuro. La nariz no armonizaba con el resto de la cara. Debería haber sido lisa en el puente y ancha en las aletas. Pero, por el contrario, era la monstruosa y cómica parodia de la nariz humana que luce el mono proboscidio para irrisión del mundo. Bajo su larga sombra se extendía un amplio labio superior, como el de un chimpancé o un irlandés de caricatura. Los labios eran finos y saltones, y las convexas mandíbulas parecían dispararlos hacia adelante.

Sus hombros hacían parecer ridículos a los de Erik Hachasangrienta. Tenía una gran panza saliente, como un globo que intentase apartarse del cuerpo al que estaba anclado. Las

piernas y los brazos parecían cortos, y eran desproporcionados respecto a aquel largo tronco. La unión de muslo y tronco quedaba al mismo nivel que la barbilla de Sam Clemens, y sus brazos, extendidos, podían sujetar, y habían sujetado, a Clemens en el aire, a distancia, durante una hora sin un temblor.

No llevaba ropa alguna, ni la necesitaba en realidad, aunque no había conocido el pudor hasta que el *Homo sapiens* le enseñó a conocerlo. El sudor aplastaba contra el cuerpo una gran masa de pelo de un rojo herrumbroso, más espeso que el vello de un hombre y menos que el de un chimpancé. Bajo el pelo, la piel tenía el color rosado sucio del nórdico rubio.

Se llevó una mano, del tamaño de un diccionario no abreviado, a aquel pelo ondulado de un rojo herrumbroso que le brotaba justo encima de los ojos, y se lo echó hacia atrás rápidamente. Bostezó, mostrando unos inmensos dientes semihumanos.

—Eztaba durmiendo —balbuceó—, eztaba zoñando con la Tierra, zoñaba con un *klravulthithmengbhabafving...*, lo que vozotroz llamáiz un mamut. Aquelloz eran buenoz tiempoz.

Avanzó pesadamente hacia ellos, luego se detuvo.

—¡Zara! ¡Qué ha pazado! ¡Eztáz zangrando! ¡Parecez enfermo!

Llamando a gritos a sus guardias, Erik Hachasangrienta reculó apartándose del titántropo.

—¡Tu amigo se volvió loco! Pensó que había visto a su mujer (por milésima vez) y me atacó porque no quise llevarle a la orilla con ella. ¡Joe, por los testículos de Tyr! ¡Ya sabes cuántas veces ha creído ver a esa mujer, y cuántas veces hemos parado, pese a que siempre resultaba una mujer que se parecía en algo a su mujer, pero que no era su mujer!

»¡Y esta vez dije no! ¡Aunque hubiese sido su mujer, habría dicho no! ¡Sería meter la cabeza en la boca del lobo!

Erik se acuclilló, con el hacha dispuesta, preparado para utilizarla contra el gigante. Llegaron gritos de la cubierta media, y un individuo grande y pelirrojo con un hacha de pedernal subió la

escalerilla. El timonel le hizo un gesto para que se fuese. El pelirrojo, al ver a Joe Miller de ánimo tan belicoso, no dudó en retroceder.

—¿Qué dices tú, Zam? —dijo Miller—. ¿Quierez que lo haga pedazoz?

Clemens se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—No. Supongo que tiene razón. No sé realmente si era Livy. Probablemente fuese solo una *hausfrau* alemana. ¡Yo qué sé!

»¡Yo qué sé! ¡Quizá fuese ella! —añadió con un gruñido.

Sonaron trompas de huesos de peces, y en la cubierta media atronó un inmenso tambor.

—Olvida todo esto, Joe —dijo Sam Clemens—, hasta que pasemos los estrechos... ¡Si es que logramos pasarlos! Para sobrevivir debemos combatir unidos. Más tarde...

—Tú ziempre dicez máz tarde, Zam, pero nunca es máz tarde. ¿Por qué?

—¡Si no entiendes por qué, Joe, es que eres tan idiota como pareces! —replicó Clemens.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Joe, y humedecieron sus grandes mejillas.

—Ziempre que tienez miedo, me llamaz tonto —dijo—. ¿Por qué la tomaz conmigo? ¿Por qué no con loz que te pegan y te azuztan? ¿Por qué no con Hachazangrienta?

—Perdóname, Joe —dijo Clemens—. Los niños y los hombres monos siempre dicen... No eres tan idiota, eres bastante listo. Olvidalo, Joe. Perdona.

Hachasangrienta se acercó a ellos, pero manteniéndose fuera del alcance de Joe. Rió entre dientes, blandiendo el hacha.

—¡Pronto habrá una asamblea de metal! —Y luego añadió, entre carcajadas:

»¿Pero qué es lo que digo? ¡Las batallas solo son ahora asambleas de piedra y madera, salvo por mi gran hacha! Pero ¿qué importa eso? Ya estoy harto de estos seis meses de paz. Necesito oír los gritos de guerra, el silbar de la lanza, el golpe de mi afilado acero mordiendo carne, el brotar de la sangre. Estoy

tan impaciente como un garañón que huele a una yegua en celo. Voy a aparearme con la muerte.

—¡Fanfarrón! —dijo Joe Miller—. Eztáz tan azuztado como Zam. Tienes miedo también, pero lo ocultaz con tuz fanfarronadaz.

—No entiendo ese lenguaje que hablas —le contestó Hachasangrienta—. Los monos no deberían intentar hablar los idiomas de los hombres.

—Me entiendez perfectamente —dijo Joe.

—Cálmate, Joe —dijo Clemens. Miró río arriba. A unos tres kilómetros de distancia las llanuras de ambas riberas se convertían en montañas que avanzaban sobre el agua creando estrechos de anchura no superior a los cuatrocientos metros. El agua hervía al fondo de los acantilados, que debían tener unos novecientos metros de altura. En sus cimas, a ambos lados, brillaban al sol objetos no identificables.

Unos ochocientos metros más abajo de los estrechos, avanzaban treinta galeras formando tres medias lunas. Y, ayudadas por la rápida corriente y los sesenta remos que cada una tenía, se acercaban rápidas a los tres navíos intrusos. Clemens miró por su telescopio y luego dijo:

—Hay unos cuarenta guerreros en cada una y dos lanzacohetes. Hemos caído en una trampa. Y nuestros proyectiles llevan tanto tiempo almacenados que es probable que la pólvora se haya cristalizado. Explotarán en los cañones y nos enviarán al infierno.

»¿Y todas esas cosas que hay encima de los acantilados? ¿Serán aparatos para lanzar fuego griego?

Un hombre trajo la armadura del rey, yelmo de cuero de tres capas con alas de cuero y una pieza que cubría la nariz, loriga de cuero, polainas de cuero y un escudo. Llegó otro hombre con un montón de jabalinas: el mango de tejo y las puntas de pedernal.

Las artilleras, todas mujeres, colocaron un proyectil en el lanzacohetes giratorio. Era un proyectil de casi dos metros de longitud, sin contar la guía, hecho de bambú, que parecía exacta-

mente un cohete del Cuatro de Julio. La cabeza del proyectil contenía unos diez kilos de pólvora negra junto con pequeños fragmentos de piedra: la metralla.

Joe Miller, la cubierta rechinando bajo sus cuatrocientos kilos, bajó a coger su armadura y sus armas. Clemens se puso un yelmo y se echó un escudo al hombro. Él no usaba loriga ni polainas. Aunque temía las heridas, temía aún más ahogarse en el río si caía con una armadura pesada.

Clemens daba gracias a los dioses por haber tenido la suerte de conocer a Joe Miller. Eran ahora hermanos de sangre, aunque Clemens se había desmayado durante la ceremonia, que exigía, además de la mezcla de sangres, otros actos aún más dolorosos y repulsivos. Miller tenía que defenderle, y Clemens tenía que defender a Miller, hasta la muerte. Hasta entonces, el titántropo había sido siempre el encargado de luchar, pero lo que se les venía encima exigía el esfuerzo de ambos.

Hachasangrienta detestaba a Miller porque le tenía envidia. Hachasangrienta se consideraba el mejor guerrero del mundo, pero sabía que Miller le despacharía en un combate con la misma facilidad que a un perro. Y un perro pequeño, además.

Erik Hachasangrienta dio las órdenes para el combate, que se transmitieron a los otros dos barcos mediante un sistema de señales con espejos de obsidiana. Los barcos mantendrían las velas altas e intentarían escurrirse entre los galeones enemigos. Sería difícil porque podrían verse obligados a desviar su curso para evitar un choque y con ello perder el viento. Además, estarían sometidos en tres puntos a fuego cruzado.

—El viento les favorece —dijo Clemens—. Sus proyectiles tendrán más largo alcance que los nuestros hasta que nos aproximemos.

—No pretenderás enseñarme a... —dijo Hachasangrienta, y se detuvo.

Unos objetos brillantes abandonaron sus posiciones en la cúspide de los acantilados y surcaron el aire siguiendo una dirección que les llevaría sin duda alguna hacia los barcos de los vikingos. Los hombres del norte comenzaron a gritar con

desconcierto y alarma, pero Clemens se dio cuenta de que eran planeadores. Con el menor número de palabras posible, explicó a Hachasangrienta de qué se trataba. El rey comenzó a transmitir la información a los otros vikingos, pero hubo de detenerse porque los galeones delanteros del enemigo lanzaron sus primeras andanadas de cohetes. Dejando atrás una estela de espeso humo negro, diez cohetes iniciaron un arco hacia los tres navíos. Estos cambiaron su curso con la mayor rapidez posible, casi chocando dos de ellos. Algunos de los cohetes pasaron muy cerca de mástiles y cascos, pero ninguno llegó a alcanzarlos, y todos cayeron sin explotar a las aguas del río.

Entonces, intervino el primero de los planeadores. Ligerito, con largas alas, negras cruces maltesas en los costados de fino y plateado fuselaje, se lanzaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia el *Dreyrugr*. Los arqueros vikingos tensaron sus arcos de tejo y, a una orden del arquero jefe, dispararon sus flechas.

El planeador inició un picado hacia el agua, con varias flechas clavadas en el fuselaje, disponiéndose a posarse sobre el río. No había logrado arrojar sus bombas sobre el *Dreyrugr*. Habían quedado en algún punto bajo la superficie del agua. Pero se acercaban más planeadores a los tres navíos, y los galeones enemigos habían lanzado otra andanada de proyectiles. Clemens miró sus lanzacohetes. Las grandes artilleras rubias giraban el cañón siguiendo las órdenes de la pequeña morena Temah, pero esta aún no parecía dispuesta a encender la mecha. Necesitaban acercarse aún más al enemigo para poder alcanzarles con un proyectil.

Durante un segundo, todo pareció como inmobilizado en una fotografía. Los dos planeadores, con las puntas de sus alas a solo unos centímetros de distancia, disponiéndose a iniciar el picado, y las pequeñas bombas negras lanzadas hacia sus objetivos, las flechas en el aire hacia los planeadores, los proyectiles alemanes en el aire hacia los barcos vikingos, en el arco de caída de su trayectoria.

Clemens sintió tras él un súbito golpe de viento, un silbido, una explosión, cuando las velas captaron todo el impacto del aire e inclinaron violentamente el barco sobre su eje longitudinal. Un estruendo desgarrador, como si la base del mundo se quebrase. Un retumbar como si grandes hachas se hubiesen abatido sobre los mástiles.

Las bombas, los planeadores, los cohetes, las flechas, giraron, dieron vueltas, las velas y los mástiles se desprendieron del barco, como lanzados por un cañón, y desaparecieron. El barco, liberado del empuje de las velas, recuperó su posición horizontal y abandonó su ángulo de casi noventa grados con el río. Clemens se salvó de verse barrido de cubierta por el primer golpe de viento gracias a que el titántropo se había agarrado al timón con una mano y lo había agarrado a él con la otra. El timonel se había cogido también al timón. Las artilleras, cuyos gritos llevaba el viento río arriba, boquiabiertas, desmelenadas, volaron como pájaros del barco, se hundieron, y reaparecieron luego sobre las aguas. El lanzacohetes se desprendió limpiamente de su pedestal y las siguió también.

Hachasangrienta se había cogido a la borda con una mano y había mantenido sujeta con la otra su preciosa arma de acero. Mientras el navío se balanceaba, logró meter el hacha en la funda y luego agarrarse a la borda con ambas manos. Y fue bueno para él poder hacerlo, porque el viento, chillando como una mujer que cayese por un precipicio, se hizo aún más fuerte, a los pocos segundos una ardiente bocanada golpeó el barco, y Clemens quedó ensordecido y tan chamuscado como si un cohete hubiese estallado junto a él.

Una gran ola alzó el barco. Clemens abrió los ojos y se puso a gritar sin poder oír su propia voz debido al castigo que habían recibido sus oídos.

Por la curva del valle, a unos seis o siete kilómetros de distancia, avanzaba un muro de agua de un marrón sucio y de por lo menos quince metros de altura. Quiso cerrar los ojos otra vez, pero no pudo. Continuó mirando con los párpados rígidos, hasta que aquel gran mar estuvo a kilómetro y medio de él. Entonces

pudo distinguir los árboles, los pinos gigantescos, robles, tejos esparcidos por la cresta de la ola, y, cuando se aproximó más, fragmentos de casas de bambú y de pino, un tejado aún intacto, un bateado casco de navío con medio mástil, el cuerpo gris oscuro de un pez dragón, parecido a un cachalote, arrancado de las profundidades del río, de ciento cincuenta metros de profundidad por lo menos.

El terror le cegó. Deseó morir para huir de aquella muerte. Pero no podía, y hubo de contemplar con ojos helados y mente paralizada cómo el barco, en vez de hundirse y quedar aplastado bajo los cientos de miles de litros de agua, subía y subía por el lomo de la ola, entre aquella agua de un marrón sucio, siempre a punto de aplastarlo, y con el cielo encima que había cambiado su brillante azul por un gris ceniciento.

Luego el barco llegó a la cima, e inició la caída hacia el seno de la ola. Otras olas, más pequeñas, pero aun así inmensas, cayeron sobre el navío. Sobre la cubierta cayó un cuerpo cerca de Clemens. Un cuerpo catapultado por las aguas enfurecidas. Clemens lo contempló con solo una chispa de comprensión. Estaba demasiado paralizado por el terror como para algo más. Había llegado al límite.

¡Contemplaba el cuerpo de Livy, destrozado por un lado, pero intacto por el otro! Era Livy, su esposa, a la que había visto en aquella ribera.

Otra ola que casi lo separó del titántropo golpeó la cubierta. El timonel dio un grito al desprenderse del timón, y siguió al cadáver de la mujer por encima de la borda.

El barco continuaba ascendiendo de las profundidades del seno de la ola, pero se ladeaba constantemente y estaba a una posición casi vertical, de modo que Miller y Clemens colgaban del timón como del tronco de un árbol en la ladera de una montaña. Luego, el barco recuperó su posición horizontal y se lanzó hacia el siguiente valle. Hachasangrienta no había podido seguir sujetándose, y habría sido lanzado sobre la cubierta hasta el otro lado si el barco no se hubiese enderezado a tiempo. Logró agarrarse a la baranda de la tronera.

En la cresta de la tercera ola, el *Dreyrugr* descendió de costado la montaña de agua. Chocó con la proa rota de otro navío, se estremeció y, a consecuencia del impacto, Hachasangrienta se vio de nuevo sin asidero. Saltó sobre la baranda, chocó con la borda de popa del otro lado, la hizo estremecerse, y pasó por encima de ella, cayendo a la cubierta central.

Hasta la mañana del día siguiente no se recuperó Sam Clemens de su conmoción. El *Dreyruger* se había alejado lo bastante de las grandes olas como para navegar oblicuamente a través de las llanuras sobre aguas menos profundas, pero aún agitadas. Habían atravesado las colinas y un estrecho paso de un pequeño cañón en la base de una montaña. Y, cuando las aguas se calmaron tras él, el barco encalló con un golpe en el suelo.

La tripulación estaba embargada por un terror tan compacto como el barro frío mientras las aguas y el viento rugían y el cielo continuaba del color del hierro congelado. Luego cesó el viento. O, mejor dicho, cesaron los vientos que soplaban río abajo, y volvió a aparecer la brisa normal que soplaban río arriba.

Los cinco supervivientes que había sobre cubierta comenzaron a moverse y a hacerse preguntas. Sam tenía la sensación de apenas poder articular palabras con su boca embotada. Tartamudeando, les habló del resplandor que había visto en el cielo quince minutos antes de que llegase el viento. En algún punto al fondo del valle, quizás a trescientos kilómetros de distancia, había caído un gigantesco meteorito. El viento producido por el calor generado al pasar el meteorito a través de la atmósfera, y el correspondiente desplazamiento de aire, habían sido la causa de aquellas olas gigantes. Con todo lo terribles que habían sido, aquellas olas deberían ser como pigmeos comparadas con las producidas en la zona próxima al impacto. En realidad, el *Dreyruger* estaba en la zona exterior de aquella terrible explosión.

—Cuando llegó a nosotros no era más que una especie de broma —dijo Sam.

Algunos de los noruegos se incorporaron tambaleándose en cubierta. Otros sacaron la cabeza por las escotillas. Hachasangrienta estaba herido a consecuencia de su caída, pero logró gritar:

—¡Todo el mundo a las bodegas! ¡Puede haber muchas más olas, peores aún que estas, no podemos estar seguros!

A Sam no le agradaba Hachasangrienta, desde luego, pero no podía por menos de admitir que el noruego sabía lo que se hacía en todo lo relativo a navegación. Él había supuesto que las primeras olas serían las últimas.

La tripulación se acomodó en la bodega. Todos se situaron donde pudieron, cerca siempre de algún punto estable al que poder agarrarse. Esperaron, pero no por mucho tiempo.

La tierra retumbó y se estremeció, y luego las aguas irrumpieron en el paso con un bufido como el de un gato de quince metros de altura, al que siguió un aullido. Empujado hacia adelante por la corriente del estrecho, el *Dreyrugr* se balanceó y comenzó a girar sin dejar de balancearse. Sam se quedó frío. Estaba seguro de que, si hubiese luz, él y los demás parecerían tan pálidos como cadáveres.

El barco continuó su avance, arañando de vez en cuando las paredes del cañón. En el momento en que Sam estaba a punto de jurar que el *Dreyrugr* había llegado a la cima del cañón e iba a caer de proa por una catarata, el barco se hundió. Descendió rápidamente, o así lo pareció, mientras las aguas atravesaban el paso casi con la misma rapidez con la que habían penetrado en él. Hubo un estruendo, seguido de un pesado jadear de hombres y mujeres, de gemidos dispersos, el rumor del agua cayendo, y el bramar lejano de la corriente dejada atrás.

No habían terminado aún. Había que esperar, atenazados por el frío y ciego terror, hasta que la gran masa de agua retrocediese para llenar los espacios de los que había sido desplazada por la tremenda masa de varios cientos de miles de toneladas del meteorito. Temblaban como si estuvieran encajados en hielo,

aunque el aire era mucho más cálido de lo que nunca había sido a aquellas horas de la noche. Y, por primera vez en veinte años de vida de aquel planeta, no llovió de noche.

Antes de que las aguas golpearan de nuevo, sintieron que la tierra se sacudía y retemblaba. Hubo un gran silbido y un bramido, y de nuevo el barco se alzó, subió, giró, golpeó contra las paredes del cañón, y luego cayó. Esta vez el casco no golpeó el suelo con tanta dureza, probablemente, pensó Sam, porque había ido a caer sobre una gruesa capa de fango.

—No creo en milagros —murmuró Sam—, pero este es uno. No entiendo cómo aún estamos vivos.

Joe Miller, que se había recuperado antes que el resto, salió a hacer un viaje de exploración de media hora. Regresó con el cuerpo desnudo de un hombre. Pero su carga estaba viva. Tenía el pelo rubio todo manchado de barro, un rostro hermoso y ojos de un color entre azul y gris. Dijo algo en alemán a Clemens y luego logró sonreír, después de que lo depositaran suavemente sobre cubierta.

—Lo encontré en zu planeador —dijo Joe—. En lo que quedaba de él, vamo. Hay muchoz cadáverez a la salida del cañón. ¿Qué queréiz hacer con él?

—Hacernos amigos suyos —repuso Clemens—. Su gente ya no está. Esta zona está limpia.

Tembló. La imagen del cuerpo de Livy sobre cubierta como un irónico presente, con el pelo húmedo pegado a la zona de la cara golpeada, su ojo oscuro mirándole sombríamente, iba haciéndose cada vez más vivida y dolorosa. Sintió ganas de llorar, pero no pudo, y se alegró de ello. El llanto le hubiera hecho desmoronarse como un puñado de cenizas. Más tarde, cuando tuviese la fuerza necesaria para soportarlo, lloraría. Por ahora...

El rubio se sentó en la cubierta. Temblando descontroladamente dijo, en inglés británico:

—Tengo frío.

Miller bajó a la bodega y subió pescado seco, pan de maíz, brotes de bambú y queso. Los vikingos habían almacenado comida para cuando estuviesen en territorios hostiles donde no pudiesen utilizar sus cilindros.

—Eze idiota de Hachazangrienta eztá vivo aún —dijo Miller—. Ze ha roto varia z coztillaz y eztá todo magullado. Pero zu boca za zigue funcionando muy bien. ¿No lo zabíaz?

Clemens empezó a llorar. Joe Miller lloraba con él e hinchaba su gran nariz simiesca.

—Ahora —dijo— me ziento mucho mejor. Nunca he eztado tan azuztado en toda mi vida. Cuando vi aquella agua, como todoz loz mamutz del mundo corriendo en eztampida hazia nozotroz, penzé, adioz Joe, adioz Zam. Dezpertaré en algún otro lugar del río, en un nuevo cuerpo, pero jamáz volveré a verte, Zam. Zolo que eztaba demaziado aterrado para zentirme trizte por ello. ¡Dioz mío, que aterrado eztaba!

El joven extranjero se presentó. Era Lothar von Richthofen, piloto de planeador, capitán de la Luftwaffe de su majestad imperial el káiser Alfredo I de Nueva Prusia.

—Hemos conocido un centenar de Nuevas Prusias en los últimos dieciséis mil kilómetros —dijo Clemens—. Todas tan pequeñas que no podías ponerte en medio de una de ellas y lanzar un ladrillo sin que aterrizara en el centro de la siguiente. Pero la mayoría no eran tan belicosas como la vuestra. Nos dejaban desembarcar y cargar nuestros cilindros, sobre todo después de que les mostráramos lo que teníamos para comerciar.

—¿Comerciar?

—Sí. Nosotros no compramos y vendemos artículos, mercancías, por supuesto, pues ni siquiera todos los navieros de la Tierra podrían transportar lo suficiente para cubrir una fracción del río. Nosotros vendemos ideas.

Enseñamos a la gente a construir mesas de billar, y a hacer un fijador para el pelo de pasta de pescado desodorizada. El káiser de la zona había sido en la Tierra un conde Von Waldersee, mariscal de campo alemán nacido en 1832 y fallecido en 1904.

Clemens cabeceó y dijo:

—Recuerdo que leí algo sobre su muerte en la prensa, y sentí una gran satisfacción por sobrevivir a otro contemporáneo. Ese

era uno de los pocos placeres auténticos y gratuitos de la vida. Pero, si sabes volar, debes ser un alemán del siglo xx, ¿no?

Lothar von Richthofen hizo un breve resumen de su vida. Había pilotado un caza de las fuerzas alemanas en la *Weltkrieg*. Su hermano había sido el más diestro piloto de la guerra.

—¿La Primera Guerra Mundial o la Segunda? —preguntó Clemens. Había conocido a suficientes sigloveintianos como para saber algunos datos y fantasías sobre acontecimientos sucedidos después de su muerte, después de 1910.

Von Richthofen añadió más detalles. Había participado en la Primera Guerra Mundial. Había combatido bajo las órdenes de su hermano y había dado cuenta de cuarenta aviones aliados. En 1922, conduciendo a una actriz de cine americana y a su representante de Hamburgo a Berlín, el aparato se había estrellado y Von Richthofen había muerto.

—La suerte de Lothar von Richthofen me abandonó —dijo—. O al menos eso he pensado después. Se rió.

—Pero aquí estoy, otra vez a mis veinticinco años, olvidadas las cosas tristes de la edad adulta, cuando las mujeres ya no te miran, cuando el vino te hace llorar en vez de reír y te amarga la boca con el sabor de la debilidad, y cada día es un paso hacia la muerte.

»Mi suerte falló de nuevo cuando estalló ese meteorito. Mi planeador perdió las alas al primer golpe de viento, pero en vez de caer, floté en mi fuselaje, dando vueltas y vueltas, cayendo, alzándome de nuevo, cayendo, hasta que fui depositado con la levedad de una cuartilla de papel sobre una colina. Y cuando llegó el retroceso de la onda, el fuselaje fue arrastrado hasta el agua y yo caí gentilmente de bruces contra la loma de un monte. ¡Un milagro!

—Un milagro: una disposición afortunada de los acontecimientos, que sucede una vez cada millón —dijo Clemens—. ¿Crees que fue un meteoro gigante lo que provocó la inundación?

—Vi su resplandor, su estela ardiendo en el aire. Debió de caer muy lejos, afortunadamente para nosotros.

Bajaron del barco y anduvieron por el espeso barro de la entrada del cañón. Joe Miller apartó los troncos que no hubiese podido arrastrar un tiro de caballos. Echaba a un lado otros, y los tres bajaron por las faldas de las colinas hacia las llanuras. Los demás les seguían.

Caminaban en silencio. La tierra había quedado allí desnuda de arbolado, a excepción de los grandes árboles de hierro. Estaban tan profundamente enraizados que muchos de ellos se mantenían aún erectos y en pie. Además, donde no se había asentado el barro, había hierba. Era un testimonio de lo firme y profundamente que estaba enraizada la hierba, que a pesar de los millones de toneladas de agua seguía aferrada allí.

De vez en cuando aparecían pecios arrastrados por la resaca. Cadáveres de hombres y mujeres, maderas rotas, toallas, cilindros, canoas, pinos arrancados de raíz, y robles, y tejos.

Las grandes piedras en forma de seta, a kilómetro y medio una de otra por ambas riberas, estaban también intactas e incólumes, aunque había algunas enterradas en el fango.

—Las lluvias acabarán arrastrando el fango—dijo Clemens—. La tierra cae hacia el río.

Apartó la vista de los cadáveres. Le producían una gran desazón. Además, tenía miedo de ver otra vez el cuerpo de Livy. No creía poder soportarlo. Le enloquecería.

—Hay una cosa segura —dijo Clemens—. No quedará nadie entre nosotros y el meteorito. Seremos los primeros en reclamar su posesión, y habremos de defender ese inmenso tesoro de hierro de los lobos que acudirán atraídos por su aroma.

»¿Te gustaría unirte a nosotros? Tendremos un avión algún día, no un simple planeador.

Sam dio algunas explicaciones sobre su sueño. Y explicó un poco sobre la historia de la Torre de las Nieblas de Joe Miller.

—Solo es posible disponiendo de gran cantidad de hierro. Y es necesario trabajar de firme —dijo—. Estos vikingos son capaces de ayudarme a construir un buque de vapor. Necesito conoci-

mientos técnicos que no poseo. Pero estaba utilizándolos para hacerme con una posible fuente de hierro. Había supuesto que podría haber suficiente mineral en el lugar en que había aparecido el usado para hacer el hacha de Erik. Utilicé su codicia por el metal, y también la historia de Miller, para embarcarles en esta expedición.

Ahora no tenemos que buscar. Sabemos dónde tiene que haber más que suficiente. Lo único que hace falta es extraerlo, fundirlo, refinarlo, y darle la forma que necesitamos. Y protegerlo. No quiero engañarte con un cuento color de rosa. Tardaremos años en poder construir ese buque, y tendremos que trabajar de firme.

El rostro de Lothar resplandeció ante las palabras de Clemens.

—¡Es un noble y magnífico sueño! —dijo—. Sí, me gustaría unirte a ti. ¡Te juro por mi honor que te seguiré hasta el asalto de la Torre de las Nieblas! ¡Tienes mi palabra de caballero y de oficial! ¡Lo juro por la sangre de los barones de Richthofen!

—Basta con que me des tu palabra de hombre —dijo secamente Sam.

—¡Formamos un trío bastante extraño, increíble realmente! —dijo Lothar—. Un gigante subhumano, que debió de morir por lo menos cien mil años antes de la civilización. Un barón y aviador prusiano del siglo xx. Un gran humorista norteamericano nacido en 1835. Y nuestra tripulación... —Clemens alzó sus tupidas cejas al oír el «nuestra»—. ¡Vikingos del siglo x!

—Una pena —dijo Sam, contemplando a Hachasangrienta y a los otros que caminaban chapoteando en el barro, llenos de heridas de la cabeza a los pies y muchos cojeando—. No me siento muy bien. ¿Has visto alguna vez a un japonés ablandar un pulpo muerto? Ahora sé cómo se siente el pulpo. Por cierto, yo era algo más que un humorista, ¿sabes? Yo era un literato.

—¡Oh, perdona! —dijo Lothar—. ¡He herido tus sentimientos! ¡No pretendía ofenderte! Permíteme que corrija mi error explicándote que cuando era niño me reí muchas veces leyendo tus libros. Y tu *Huckleberry Finn* lo considero un gran libro. Aunque he de admitir que me gustó muy poco cómo ridiculizabas a la aristocracia en *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. Aunque, de todos modos, ellos eran ingleses, y tú eres norteamericano.

Erik Hachasangrienta decidió que estaban demasiado cansados y magullados para iniciar los trabajos necesarios para conducir el barco río abajo aquel día. Cargarían sus cilindros al anochecer, comerían, dormirían, y después de desayunar se pondrían a trabajar.

Volvieron al barco, cogieron sus cilindros de los depósitos, y los introdujeron en las depresiones del techo liso de una piedra de cilindros. Cuando el sol tocó las cimas de los montes por el oeste, los hombres esperaron el estruendo y el fogonazo azul y ardiente de las piedras. La descarga eléctrica cargaría los convertidores que transformaban la energía en materia en el interior del cilindro, y, al abrir las tapas, los hombres encontrarían carnes cocinadas, verduras, pan y manteca, fruta, tabaco, goma de los sueños, licores, hidromiel...

Pero cuando la oscuridad cubrió el valle, las piedras de cilindros continuaron frías y silenciosas. Al otro lado del río brotó un fogonazo de las piedras de cilindros situadas allí, al que siguió un desmayado estruendo.

Pero las piedras de la ribera occidental, por primera vez en los veinte años transcurridos desde el Día de la Resurrección, no funcionaron.